

# HISTORIA

El Claustro y la Revista  
del Colegio Mayor de Nuestra Señora  
del Rosario  
se asocian a la conmemoración del centenario  
de la muerte de

Alejandro de Humboldt

Carta de Alejandro de Humboldt a Felipe Banzá

Paris - le 4 Juin  
1825

Vous avez prévenu tous mes  
desirs : au moment où je part  
pour un petit voyage de  
Brest, je reçois votre lettre  
du 30 Juin dans laquelle vous  
m'avez dit l'avis de  
Cuba. Je suis sûr de l'  
exactitude de vos opérations  
mais, mon excellent ami, n'  
y a-t-il pas de nos erreurs  
de chiffres ou de copie,  
lorsque vous donnez à l'  
île 10,757 heues terres de  
20 ans de plus. On n'avait  
qu'un peu plus de 48000  
heues anglais, que

milles anglais carrés (1 quar  
 miles) ce qui fait comme  
 1 li: mar. carré = 11,97 milles  
 carrés anglais, plus 4000  
 li. carrés marins: M. du Sudman  
 trouve 2265 leues géogr. carrés  
 (de 15 au degré) ce qui fait aussi  
 3900 li. marins carrés. Dans  
 le Memor. Documentos de qual  
compre el expediente de  
trato de paz de 1814 il  
 est dit q 136: que l'île a  
 6764 leagues planas de pais  
 de 5000 varas à la caballe-  
 rias 906,458. N'y a-t-il  
 pas de votre résultat de  
 10,757 leagues quad. marines (de  
 20 au degré) quelque erreur entre  
 des côtes de triangles exprimés  
 en milles en li. de li. carrés?  
 Vous traversez l'île y les grande  
 que l'Angleterre, l'Écosse et

l'Islande en fait que  
 n'est que 10000 li. carrés  
 marines. Vous me dites que Ferrer trouve  
 de stable que Ferrer trouve  
 34632 milles quad. ou 11544  
 li. quad. et que cela s'oppose  
 de de votre résultat: mais  
 il faut dire par pas 9 et  
 non pas 3, de sorte que Ferrer  
 ne trouve que  $\frac{34632}{9} =$   
 3825 li. carrés marins ce qui  
 est presque identique avec  
 les 3900 li. carrés de Ferrer  
 dans. Il faut peut-être  
 de l'erreur en degrés. Surtout  
 de grace ne cessez bien tôt  
 le despoir et ce chagrin non  
 éternel tourment. Mille  
 tendre et affectueux bon.  
 mages! Vos lettres me trou-  
 vent à Paris vers le 20  
 de ce mois. A Humboldt.

Dr Felipe Banzá

London

\* \* \*

Facsímile de la carta dirigida por el sabio Alejandro de Humboldt a don Felipe Banzá, cuyo manuscrito original pertenece a los archivos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

En dicha carta, el sabio alemán habla de la superficie de la isla de Cuba y sobre algunas opiniones y medidas que se habían dado anteriormente.

Cita el expediente sobre el tráfico de negros (1814), según el cual la isla tiene 6.764 leguas planas y se pregunta si "en la última mensura de la isla no se habrá incurrido en algún error cambiando millas por leguas" y le parece imposible que la isla de Cuba resultara más grande que Inglaterra, Escocia e Irlanda reunidas. Y termina diciendo: "Le ruego el favor de escribirme pronto y excusar las continuas molestias que le causo. Mil sinceros y afectuosos homenajes. Sus cartas me encontrarán en París hacia el 20 de este mes. A. Humboldt."

## HUMBOLDT, MUTIS Y CALDAS

Por IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

### I.—HUMBOLDT Y MUTIS

Fue Carlos III uno de los mejores monarcas de toda la historia de España y, sin duda alguna, el más eficaz propulsor de las ciencias naturales en la América colonial hispano-parlante. Sembró en la nación las semillas de luz que habían de ilustrarla, y desembarazó los senderos de la sabiduría, según la enérgica expresión de Jovellanos, en el magno elogio que le hiciera este prócer de la cultura. Como lo recuerda Chardon en el tomo 1 de *Los naturalistas en la América Latina*, a aquel se debe el envío de Mutis al Nuevo Reino de Granada, con el objeto de que estudiase la flora del país, como lo haría más tarde, disponiendo la expedición de los botánicos Ruiz y Pavón, para que estudiaran la flora del Perú y Chile.

Cuando las circunstancias enderezaron los pasos de Humboldt y de Bonpland por tierras de Hispanoamérica, Mutis era ya muy conocido en el mundo científico europeo. Linneo, el más famoso botánico de su tiempo, era su corresponsal. Y su nombre, inmortal ya, jamás lo borraría edad alguna, al decir del sabio sueco.

Parece fuera de duda que Humboldt tenía el propósito de ganar las costas del Pacífico por el istmo de Panamá, cuando se encontraba en nuestro litoral Atlántico; pero cuando las dificultades del viaje se lo impidieron, determinó llegar al interior del Nuevo Reino de Granada subiendo el Magdalena, en una época en que semejante recorrido se realizaba en no menos de cuarenta y cinco días, que fueron justamente los que Humboldt y sus compañeros emplearon entre Cartagena y Honda.

Pero no sólo las dificultades de ir al Pacífico por Panamá, sino otros móviles más altos determinaron su resolución de llegar hasta la capital del Virreinato. El estudio de las riquezas naturales de la comarca y el de su complicada geografía, en primer lugar, y el deseo de conocer también al sabio José Celestino Mutis, Director de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

Este objetivo honrosísimo para Mutis no fue simplemente la expresión de un cumplido social que el viajero prusiano hubiese manifestado en presencia de aquel. Lo consignó Humboldt en carta privada a su hermano Guillermo —que puede leerse íntegra en la colección epistolar del doctor Hamy, publicada en París, en 1904— en donde le dice: “El ardiente deseo de ver al gran botánico don José Celestino Mutis, quien era amigo de Linneo y habita hoy en Santa Fe de Bogotá, y de comparar nuestros herbarios con los suyos, y la curiosidad de hacer una ascensión a la inmensa cordillera de los Andes, que se extiende desde Lima hasta la desembocadura del río Atrato en el golfo del Darién, a objeto de poder ejecutar, según mis observaciones personales, un mapa de toda la América del Sur, desde el río Amazonas hacia el norte, me animaron a preferir el camino de tierra, hacia Quito, por Santa Fe y Popayán, a la vía marítima de Portobelo, Panamá y Guayaquil. Por esto envié los instrumentos más voluminosos, los libros de que no tenía necesidad y otros objetos, por la vía marítima, y nos embarcamos por el Magdalena, después de casi tres semanas de permanencia en Cartagena...”

Por su parte, Mutis noticioso de la permanencia de Humboldt en Cartagena de Indias, ansiaba también conocer al sabio alemán, y partir con él, no menos que corresponder a su deseo de reconocer la Flora de Bogotá. A tal propósito escribióle, en 29 de abril, en los más amistosos términos, anunciándole que reputaría por los más felices de su vida los días de la residencia de Humboldt en la capital del Virreinato. Ofrecióle escribir a sus amigos de Honda y Guaduas, para que se pongan al servicio de los viajeros, en esas dos poblaciones de tránsito, y le pide avisarle su salida de Cartagena, sin olvidar reverentes expresiones de afecto para Amado Bonpland.

Ya en viaje, contrae Bonpland las terribles fiebres tercianas del Magdalena, y ese contratiempo detiene a los exploradores en su camino. Al saberlo Mutis, se dirige a Humboldt, el 27 de junio, deplorando el insuceso, sugiriendo algunos consejos de su experiencia médica e invitando a los viajeros a que llegasen cuanto antes a la capital, donde se les proporcionarían las comodidades y cuidados por ellos requeridos. Y añadía: “Suplico a vuesamerced que el día de la salida del Aserradero no se detenga a comer en Facatativá: porque en Fontibón estará preparada la comida, descansando allí para entrar menos molestado a Santafé...”

La recepción, en la capital del Virreinato, es suntuosa. Fue, al decir del propio explorador germánico, una entrada triunfal. El arzobispo le envió su coche, en Fontibón le ofrecieron el almuerzo, y la entrada a la ciudad hicieronla Humboldt y Bonpland escoltados por más de sesenta jinetes. Mutis había tenido la delicadeza de mandar preparar el alojamiento de los viajeros en casa inmediata a la suya. El Virrey, por su parte, que descansaba en Fucha, los invitó a almorzar en su casa de campo.

A pesar de que la salud de Bonpland no se recuperó por completo, los exploradores pasaron en Bogotá cuatro meses inolvidables.

A esa estancia alude ampliamente Humboldt cuando le refiere a su corresponsal: “No tengo que lamentar en manera alguna el haber sacrificado el pasaje del Istmo por el viaje a Bogotá. Ese cambio de dirección me ha ofrecido la ocasión de trazar el mapa del río Magdalena, de determinar astronómicamente la posición de ochenta puntos situados en el interior de las tierras, entre Cartagena y Popayán, los cursos superiores del Amazonas y Lima, de reconocer el error de la longitud de Quito, de recoger varios millones de plantas nuevas y de observar sobre una vasta escala las conexiones que ofrecen las rocas de pórfido sienítico y de aracito con el fuego de los volcanes...”

Don Eduardo Posada en una de sus *Apostillas* (Biblioteca de Historia Nacional. Vol. xxxix), alude a la tradición existente, respecto de la casa que habitó Humboldt en Santafé, cerca de la plaza de San Victorino. Y recuerda que en julio de 1884, el *Papel Periódico Ilustrado*, dirigido por don Alberto Urdaneta, publicó un grabado de dicha casa.

Por su parte, don Pedro M. Ibáñez, en el cap. xxxii del tomo II de sus *Crónicas de Bogotá*, trata sobre este particular, con la erudición que le era propia y en la página 199 de la segunda edición de esa obra (1915), reproduce la fotografía de la casa en referencia.

En todo caso, Humboldt conservó gratisimo recuerdo de su estancia en Santafé, como se lo expresó a nadie menos que a don Sebastián José López de Ruiz, el contendor del sabio Mutis en el descubrimiento de las Quinas, a quien decía desde Quito: “Le aseguro a usted que en los dos meses que he vivido en casa del doctor Mutis, aquel venerable anciano no me ha hablado de usted sino con la fineza y estimación que merecen las circunstancias de usted...” Lo que demuestra el carácter entero, hidalgo, y apacible del fundador de la Expedición Botánica. Y a don José Cavanilles escribale desde México, un año después de haberse despedido de Santafé, para desvanecer gallardamente infames consejos urdidas contra la buena reputación de Mutis: “...Nos ha tratado en Santafé con una franqueza que tiene analogía con el carácter particular de Banks. El nos ha comunicado sin reserva todas sus riquezas en botánica, zoología y física; ha comparado sus plantas con las nuestras y nos ha permitido, en fin, tomar todas las notas que deseábamos obtener sobre los nuevos géneros de la flora de Bogotá. Es ya viejo pero se sorprende uno de los trabajos que ha hecho y de los que prepara para la posteridad. Es admirable que un hombre solo haya sido capaz de concebir y de ejecutar un plan tan vasto...”

Este elogio de Humboldt sobre la personalidad de Mutis, es uno de los más valiosos que jamás se hicieron del gaditano inmortal. Con Banks lo compara el explorador alemán, lo que no es poco decir, si recordamos que este insigne botánico inglés fue uno de los propulsores más decididos de las ciencias, generoso mecenas de toda vasta empresa de cultura, como lo demostró al costear la primera expedición de Cook, en la que tomó parte; al formar una riquísima biblioteca particular, centro de los hombres importantes de Londres; al

fundar, en fin, la Sociedad Lineana Británica, etc. Humboldt sentía por él particular gratitud.

Pero no sólo a su hermano, a otros corresponsales suyos les explica de idéntico modo que a Guillermo, la razón por la que prefirió la vía del centro del virreinato para llegar hasta el corazón del antiguo imperio incásico: “El deseo de ver personalmente al ilustre Mutis nos ha obligado a preferir el penoso y costoso viaje del río de la Magdalena . . . al de Panamá. Infinitos han sido los frutos que hemos sacado de este dilatado viaje en el Nuevo Reino de Granada, la provincia de Popayán y las de los Pastos . . .”

Por lo que tuvo razón Salvador de Madariaga al afirmar, en el cap. xiv de su *Cuadro histórico de las Indias*, que el hombre de ciencia que más interesó a Humboldt en América fue Mutis. Pero no fue a éste a quien calificó en una de sus cartas como “le premier peintre de fleurs du monde”, como lo cree Madariaga, pues es evidente el error de imprenta en la colección del doctor Hamy, donde se publicó la carta, puesto que aquel maravilloso pintor de flores fue Matiz, no Mutis.

Cuando los exploradores partieron de Bogotá, rumbo al sur, Mutis expresó su sentimiento, en carta a Humboldt, que éste recibió en la hacienda de Contreras, jurisdicción de Ibagué, propiedad del segundo Marqués de San Jorge. Dícele: “Voy siguiéndole a vuesa merced los pasos mentalmente, ya que no puedo hacerlo con mi persona. Mi corazón persevera enternecido con los últimos abrazos, y necesito violentarme para que mis ojos no publiquen sus ternuras. Tal es la impresión que ha grabado en mi corazón el amabilísimo trato familiar de un amigo que hizo tantos sacrificios para conocerme y honrarme! . . .”

Por su parte, el Barón procura darse tiempo para comunicarse con su amigo hispano-santafereño, a quien escribe, a raíz de su partida, tres cartas, una desde la hacienda de Contreras y dos desde Ibagué. A ellas se refiere Mutis en la suya de 21 de octubre, —que puede leerse en Gredilla y en la colección de Hernández de Alba— en la que, con paternal solicitud, le da al joven sabio prusiano amables consejos: “Conviene tomar algunos moderados descansos para no perder la salud tan preciosa en las grandes poblaciones, porque así lo exige la aspereza de tales caminos, y también la necesidad de ir conservando las preciosidades descubiertas . . .” Le transmite las buenas memorias que de Humboldt y de Bonpland hacen “las gentes de Santafé” y “de las señoras principales, la Lozano y la Santa María” que “han sentido la ausencia del amabilísimo Barón . . .” Le da noticias de la polémica que desde París sostenía Zea contra los científicos de la *Flora peruana*; del curso de la política europea; y cumple con el amistoso encargo de hacerle llegar saludos de “los Lozanos, Portocarrero, Isla, Escallón y Rizo . . . cuya inclinación a vuesa merced es desde luego memorable y superior a cuanto yo puedo explicar . . .”

Del 21 de mayo de 1802 es otra de las cartas más interesantes de Mutis para Humboldt, que no sólo demuestra la profunda amistad y la admiración ilimitada que el gaditano sentía por el alemán, sino que arroja mucha luz a propósito del enojoso incidente a que dio lugar la negativa del explorador a llevar consigo a Caldas, prefiriendo para ello a Montúfar. Ya para entonces Mutis había recibido la amarga correspondencia quiteña de Caldas de 6 y de 21 de abril, en la que se queja del desaire de que lo había hecho objeto el Barón. Son cartas que rezuman resentimiento y pena profundísimos. Y, desde entonces, también Mutis había dejado de recibir noticias de Humboldt. Este silencio lo intriga sobremanera. Lo atribuye al mencionado incidente. Y, abrumado por los más opuestos sentimientos, se dirige al explorador prusiano en estos términos premiosos: “¿Qué es esto, mi amadísimo Barón? ¡Qué! ¿Una propuesta hecha con la mayor sinceridad y franqueza será capaz de alterar nuestra constante amistad? ¿Tendría yo la culpa de que Caldas se hubiese aficionado con entusiasmo al ilustre Barón hasta pensar en seguirlo por las dos Américas? ¿Pude yo proceder con mayor franqueza que la que indican las expresiones de mi carta, y remitir apertorias, para que vuesa merced las leyese, la respuesta y libranza a Caldas? ¿Y no sería mi verdadera intención agregarle un alumno que creí sería de su agrado? Rompa vuesa merced, pues, su silencio, y como si tal cosa no hubiese pasado, continúe vuesa merced correspondiendo a su amado amigo . . .” Le da noticias de novedades ocurridas en el Jardín Botánico de Madrid, le habla de la prisión de Rieux, y termina de este modo: “Ameme vuesa merced como le amo; y si vuesa merced ha concebido algún agravio en mi indiscreta propuesta, merezca yo la indulgencia de tan generoso amigo, a quien he amado y amaré cordialmente todo el resto de mi vida . . .”

Tampoco olvidaría Humboldt a su amigo, el naturalista de Santafé. Lo recordaría siempre por su ciencia, por su bondad, por sus inmensas realizaciones, por haber hecho de una ciudad colonial, enclavada en medio de los Andes, un emporio de cultura: “Después de la de Banks en Londres, —decía Humboldt— no he visto jamás una biblioteca botánica tan grande como la de Mutis . . .”

Pasan los meses. Hace Humboldt escala en Guayaquil, de regreso de sus viajes científicos por la América Meridional. Allí escribe esa maravilla de observación y de síntesis científica que es su *Geografía de las plantas*. El trabajo lo dedica, “con los sentimientos del más profundo reconocimiento, al ilustre patriarca de los botánicos don José Celestino Mutis”. Humboldt envió el manuscrito a Mutis, quien lo conservó inédito hasta su muerte. Se publicó por la primera vez en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, con introducción y notas del sabio Caldas, y en la espléndida versión castellana de don Jorge Tadeo Lozano.

Pasan los años. Humboldt está en Europa. Ahora se trata de dar a la estampa su grandiosa obra, *Plantas equinocciales recogidas en México, en la isla de Cuba, en las provincias de Caracas, Cumaná y*

*Barcelona, en los Andes de Nueva Granada, Quito y el Perú, y en las orillas del Río Negro, del Orinoco y del Río de las Amazonas.* En esta ocasión, tampoco se olvidará de Mutis: dispondrá publicar el retrato del gaditano-santafereño en lugar honroso de la obra, y al frente de ella estampará esta otra dedicatoria: "A don José Celestino Mutis, director principal de la real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, astrónomo en Santa Fe de Bogotá. Como débil muestra de admiración y reconocimiento. A. Humboldt et Aimé Bonpland".

## II.—HUMBOLDT Y CALDAS

Sabido es que el viaje de Humboldt y de Bonpland a la América hispana fue fruto de la casualidad, y no empresa preparada de antemano. El objetivo científico de aquellos sabios, antes de que pensasen en el Nuevo Mundo, estuvo en Egipto, que en más de una ocasión quisieron visitar, sin que las circunstancias se lo permitiesen. Tampoco les fue dado acompañar al capitán Baudin en su fracasado viaje alrededor del mundo, ni cumplir los deseos de visitar los reinos de Argelia y Túnez. Por lo que determinaron pasar a España, donde el patrocinio del Ministro Urquijo les facilitó los pasaportes y recomendaciones necesarios para que hiciesen el viaje a la América, ordenando a las autoridades coloniales que prestasen a los viajeros todo linaje de consideraciones.

De este modo, el 5 de junio de 1799, abordan a la fragata española Pizarro, que en la fecha indicada se hace a la vela, del puerto de La Coruña, rumbo a las Islas Canarias, adonde llegaron trece días después, con grave riesgo de caer en manos de la flota inglesa, que merodeaba por esas aguas. Y sólo el 16 de julio pisan tierra venezolana, al desembarcar en el fondeadero del río Manzanares, en las lindes de Cumaná.

Humboldt y su compañero arribaron a Cartagena el 1º de abril. Desde luego, llegaban a la Nueva Granada precedidos de la extraordinaria fama, granjeda por su ciencia, y en Santa Fe, y en otras ciudades del virreinato los esperaban ansiosamente. La primera noticia del viaje de los dos sabios europeos se supo en Santa Fe el 12 de abril de 1801, como consta en una nota puesta al pie de una carta de Caldas, de 5 de abril de ese año, por su destinatario don Santiago Arroyo, quien se lo comunicó a su corresponsal en Popayán, como se ve por la respuesta de éste, de 20 de mayo del propio año, en la que le dice a Arroyo: "...Mi alegría con lo que usted me dice de Humboldt y de Bonpland puede haber igualado a la suya; yo suscribo gustoso a todo lo que usted dice de estos viajeros..." Arroyo le ha hecho entrever a Caldas la posibilidad de que pudiera acompañar a los expedicionarios europeos en sus viajes por América, a lo que el payanés, entre temeroso e ilusionado, responde: "Usted me lisonjea cuando se imagina que podría acompañar a estos sabios y

hacer el papel de Ulloa para con éstos: no me hallo capaz de desempeñar la confianza de la nación en caso que se efectuase; pero juzgando por mis sentimientos, qué placer, qué gloria para mi verme al lado de un astrónomo, de un botánico, de un minero ilustrado!..."

De paso, conviene advertir que la llegada de Humboldt y de Bonpland a Santa Fe de Bogotá, no fue registrada por los cronistas de entonces con la exactitud debida, y que aún incurrieron en notorias equivocaciones al referirse a estos viajeros. Así en las crónicas de J. M. Caballero, relativas a los días de la Independencia, se encuentra esta constancia: "1801. Julio. A 6 entró a Santa Fe el Barón francés; trajo una lira, la que tocaba muy bien, instrumento que aquí no se había visto. Se infiere era emisario..." Y, a continuación, esta nota: "Se ha equivocado la entrada del Barón, que fue el día 27 de noviembre de 1802, y se fue el día 11 de diciembre del mismo..." El apunte en cuestión (tomo I de la *Biblioteca de Historia Nacional*), se refiere, sin duda alguna a Humboldt y a su compañero. Pero tanto las referencias personales como las cronológicas están completamente equivocadas, aun en la nota que pretende corregir el error inicial. Caballero confundió al viajero alemán con el francés, otorgándole a éste el título de aquél. Por otra parte, la llegada de los naturalistas a Santa Fe ocurrió el 9 de mayo de 1801, según don Florentino Vezga, y su partida, hacia el sur, el 8 de septiembre.

Así como el viaje de Humboldt a la América equinoccial fue obra de la casualidad, así también lo fue su larga visita al territorio granadino, después de su permanencia en Venezuela, por cuanto el naturalista prusiano tenía en mira otros propósitos, frustrados por posteriores acontecimientos. Además, a Santa Fe lo encaminó, según su propia confesión en carta a su hermano Guillermo (MAMY E. T. *Lettres Américaines d'Alexandre de Humboldt*. París. 1904), el deseo ardiente de ver al gran botánico Mutis, amigo de Linneo, comparar sus herbarios y ascender a las cimas de los Andes granadinos, en su ruta hacia Quito.

Caldas aspiraba a encontrarse con Humboldt en Popayán, y lo aguardaba con impaciencia, según se lo comunica a Arroyo. Era natural que pensase comunicar con el sabio sus adelantos en materias científicas, y aprovecharse de las luces del viajero prusiano para enriquecer sus conocimientos. Pero una circunstancia desagradable, el tener que sostener un litigio judicial en Quito, no le iba a permitir al payanés recibir al naturalista en su tierra natal. En un momento de mal humor, sin embargo, Caldas se desahoga con su corresponsal, exponiéndole estos temores, que por fortuna no llegaron a cumplirse: "Vamos a nuestro Humboldt: dígame usted, ¿podemos esperar algo de útil y sabio de un hombre que va a atravesar el Reino con la mayor velocidad? ¿Es de creer que haga buenas observaciones astronómicas, físicas, mineralógicas y botánicas en tres o cuatro meses? Quién sabe si va a llenar de preocupaciones y de falsas noticias a la Europa, como lo han hecho casi todos los viajeros...", prudentemente, con-

cluye: "Pero suspendamos nuestros juicios hasta que veamos las producciones de este prusiano".

Por su parte, Arroyo se encarga de mantener en el espíritu de su paisano y amigo, el entusiasmo por los dos viajeros. Pero no puede esperarlos en Popayán, porque el 11 de agosto parte rumbo al sur. De Quito escribe la primera carta a su amigo Arroyo, el 21 de septiembre. En ella consigna estas impresiones: "Sepa sólo que llegamos con felicidad a Pasto; que levanté el plano de este pueblo, mayor de lo que comúnmente se cree: agricultor, industrioso y feliz en medio de su oscuridad..." Y, más adelante: "De Humboldt nada sé desde que salí de Popayán... Estoy resuelto a seguir al Barón a Guayaquil y esperarlo en Ibarra, procurando instruirme y chupar cuanto me sea posible a este sabio viajero, para ilustrarnos alguna cosita y salir de la barbarie. Usted no deje de insinuársele y recomendarme para que me trate con distinción y me enseñe..."

El 6 de octubre franquea Caldas a su corresponsal una de sus cartas más interesantes (*Biblioteca de Historia Nacional*. Vol. xv. *Passim*). En ella expresa uno de sus mayores desencantos, contestando a Arroyo la referencia que le hiciera de que Humboldt sumergía en el agua hirviendo el termómetro, y rectificaba con él la altura del barómetro, es decir, que podía medir con ese procedimiento la altura de los lugares, cosa que Caldas creía de su exclusivo conocimiento. Lo que lo mueve a escribir: "¡Qué cierto es que nosotros vamos dos siglos atrás de la Europa! Cuando se nos presenta una idea feliz, que no la hemos visto en los pocos y viejos libros que llegan a nuestras manos, nos parece que hacemos algo nuevo, y ya hace doscientos años que se puso en práctica... No obstante, no doy por nulos todavía mis pensamientos; esperemos a este Barón sabio, sondeemos el fin y principios con que observa el calor del agua, y entonces le diré a usted si hay en mis observaciones y en nuestra teoría algo nuevo, o si sólo he adivinado lo que ha muchos años se sabe en Europa..." Es inolvidable su deslumbramiento frente a Pasto, y encantadora la descripción que de ella le hace al corresponsal: "¡Qué espectáculo tan risueño y magnífico el que presenta la campiña de sus alrededores, la ciudad misma, su horizonte! Finjase usted una llanura espaciosa de dos a tres leguas, con una ligera inclinación, terminada por colinas de pendiente suave en toda la redondez del horizonte, excepto por el noroeste, en donde se ve el volcán de tanta elevación, que toca el término de la nieve permanente en la zona tórrida, y que aún humea; todo este terreno cortado por fuentes que reuniéndose forman lo que llaman el río de Pasto; no hay un palmo que no esté cultivado; aquí se ven cuadros dorados, allí verdes, más allá otros actualmente arados; toda la campaña sembrada de casas de campo; cercos vivos, algunos grupos de árboles frutales, acequias, molinos y en fin, la ciudad en el centro; son estos campos verdaderamente poéticos, y Rafael copiándolos habría pintado a la bella naturaleza. Yo me dejo arrebatar de mi entusiasmo y de la sensación que experimenté en el momento que vi a Pasto; confieso a usted que me creí transportado

a la antigua Bética, pomposamente descrita por Fenelón..." Claro que el cuadro de luz tiene contrastes de sombras, para cuyo conocimiento remitimos al lector a la carta mencionada, donde estas noticias más largamente se contienen.

La idea de que su preciado descubrimiento para medir las alturas por medio del agua hirviendo y del termómetro hubiese sido ya conocido en Europa, y practicado por Humboldt, no se cae de la mente de Caldas. A otro de sus corresponsales, Antonio Arboleda, dícele en 6 de octubre: "Usted resérvese en este punto cuanto sepa (ante Humboldt), pregunte con particularidad el fin, el cálculo de esta inmersión y comuníquemelo con el mayor escrúpulo. Todos mis trabajos están de parada hasta saber si es conocida la ley de la temperatura en Europa..." Y añade esta observación no menos justa que sagaz: "Nosotros en un rincón del mundo nos parece que hemos descubierto por primera vez lo que es conocido en Europa, por falta de libros, y no somos menos inventores que aquellos, supuesto que lo ignoramos". Tal le ocurriera a Pastor Enríquez, en Pasto, en el pasado siglo, con la imprenta que construyó, sin haber visto ninguna en su vida.

Día a día, los corresponsales de Caldas lo mantienen al tanto del itinerario seguido por Humboldt y Bonpland en su marcha hacia el sur. Cuando recibe aviso de que el 27 de noviembre los sabios habían salido de Popayán, su exaltación no conoce límites y se decide a salir a encontrarlos a Ibarra, para gozar más a sus anchas de la presencia del naturalista germano. Ya sabía Caldas las buenas memorias que Humboldt había hecho de él en Popayán y los merecidos elogios que le había prodigado al científico granadino. Es entonces cuando abraza en su corazón el propósito de seguir con Humboldt hasta Guayaquil, doliéndose de que su penuria no le permitiese seguirlo hasta el polo, abandonando la patria y sin reparar para ello en las lágrimas de sus padres.

Por fin el día de San Silvestre de 1801, colma Caldas su mayor ambición, al abrazar a Humboldt en Ibarra, hasta donde había salido a encontrarlo. El 21 de enero de 1802, en carta a Santiago Arroyo le refiere todos los pormenores del encuentro, y se place, con inocente jactancia, en repetirle los elogios que, sobre su persona y su obra, oyó de labios del explorador europeo. Se aviva entonces en el corazón de Caldas el deseo de seguir a Humboldt por toda América, deplorando no contar siquiera con mil pesos para acompañarlo hasta Lima. "Jamás había sabido qué era el deseo del oro y de la plata, hasta que he sentido su necesidad para ser sabio", expresa. Piensa en la abundancia de otras gentes, desposeídas por entero de toda ambición cultural, en los recursos oficiales, a menudo invertidos en infructuosas empresas, y deja escapar esta queja, no menos dolorosa que cierta y tan verdadera entonces como ahora: "por desgracia de las ciencias, no se conoce su mérito, y se juzga que el protegerlas es botar el dinero en fruslerías." Pero no quisiera rendirse ante esas dificultades, ni declararse vencido en su empeño sin haber agotado los medios

para conseguirlo: "Habr , mi amigo, —dícele a Arroyo— algún medio de hallar apoyo siquiera por recorrer la América con Humboldt?"

Mientras sus amigos se devanan los sesos por buscar el medio de arbitrarle fondos a Caldas, los días transcurren para éste, en Quito y en el valle de Chillos, al lado de Humboldt y de Bonpland. El prusiano le franquea al joven granadino sus libros, sus manuscritos, sus instrumentos, y, lo que es más precioso, el don inagotable de su palabra aleccionadora y el tesoro de su amistad. Bonpland le enseña también sus libros y su herbario, lo alecciona, le permite un lugar en su estudio, para que vea y copie cuanto quiera. El antiguo proyecto de acompañarlos hasta Lima o Guayaquil, le parece mezquino, y lo abandona. Ahora piensa en algo más amplio, en acompañarlos de Quito hasta México, separarse allá de sus amigos, y, embarcándose en Veracruz, tomar la derrota de La Habana, Santo Domingo, Jamaica, para reintegrarse a Santa Fe por la vía de Cartagena.  Sue os febrilmente acariciados, fantasías desbordadas que, nunca se realizarán!

Pero Caldas toca en todas las puertas, a la espera de que se realice el milagro que le proporcione los medios de acompañar a Humboldt por los caminos de América. El 6 de febrero parece dar en el clavo —sólo entonces!— cuando se dirige a su maestro y protector, don José Celestino Mutis, confi ndole sus cuitas y sus deseos, insinu ndole tímidamente la necesidad de arbitrar, para el compañero de Humboldt y Bonpland "pequeños fondos, siempre que la comisión caiga en un joven de educación y frugal".

A todo esto, una nueva circunstancia contribuye a acrecentar aún más en el ánimo de Caldas el deseo de no separarse de los exploradores durante su viaje por el Continente. Bonpland, con quien el granadino ha intimado durante su estancia en la casa de campo que el Marqu  de Selva Alegre tiene en el paradisiaco valle de Chillos, pues vive en el mismo cuarto y salen a herborizar juntos, le ha despertado también profunda admiración y fraternal afecto.

Un día, sube Caldas con los dos exploradores europeos a la cima del Pichincha. Entonces comprueba que Humboldt había ascendido más de doscientas varas sobre el nivel a donde llegó, en ese volcán, La Condamine. Y escribe entonces que el prusiano "es sin disputa el mortal que más se ha elevado". Y añade: " Ser  también el genio más sublime de nuestra edad? Yo quiero persuadirme a ello; si me engaño, nada pierdo..."

Una profunda satisfacción tuvo Caldas, por fin, cuando por sus conversaciones con Humboldt pudo comprobar que su método para medir las alturas, por medio del termómetro y del agua hirviendo, era más perfecto que el que ponía en práctica el sabio alemán. Entonces sospecha de que algunas apreciaciones del explorador, referentes a cosas de América, podrían estar equivocadas. Y quisiera conocerlas, para rectificarlas si a ello hubiera lugar. Pero al intentarlo, sobreviene un nuevo desencanto. "En materia de usos y costumbres —dice Caldas— es absolutamente reservado. Todo lo escribe en ale-

m n, para ocultarlo más". Y sabido es que el granadino ignoraba ese idioma. Deplorable deficiencia sin duda, que limitaba el horizonte de su cultura, pues ya entonces, como hoy, era el alemán la lengua de la ciencia, en la inmensa variedad de sus manifestaciones.

Una nueva desilusión, esta sí la más grave de su carrera científica, tuvo que sufrir Caldas, en los primeros días de abril de 1802. No se había equivocado al dirigirse a Mutis, en demanda de ayuda, para poder realizar con Humboldt su ansiado viaje de exploración a través de América. Con la comprensiva benevolencia que le era tan peculiar, el gaditano ilustre gira una libranza a su favor, le escribe a Humboldt pidiéndole llevar consigo al granadino, y le da aviso a Caldas de lo realizado en estos términos: "Se cumplirán los ardient simos deseos de usted si mi amabilísimo el señor Barón de Humboldt nos franquea su consentimiento". Caldas no cabe en sí de gozo. Corre a casa de Humboldt para comunicarle la feliz nueva. No le encuentra. Torna a buscarlo, y al dar con él, le inquiera sobre las cartas de Mutis, con la esperanza de oír del naturalista la aquiescencia a la solicitud del director de la Expedición Botánica, que colmaría las juveniles esperanzas del payanés. Pero no estaba en sus cálculos imaginar lo que habría de acontecerle: "Me contesta este viajero con frialdad, —relata a Mutis en carta de 6 de abril— me suprime el asunto principal, me lo niega directamente. En los primeros momentos de mi sorpresa, creo al prusiano..." Como Caldas insistiese, poniendo de presente las cartas y la libranza de Mutis, Humboldt se limita a contestarle: "no quería dar a usted esta pesadumbre:  he resuelto viajar solo!"

Duele leer, siglo y medio después de escritas, las quejas de Caldas contra Humboldt, confiadas a la paternal benevolencia de su generoso protector, el sabio Mutis. Pero ellas hablan con singular elocuencia de la pesadumbre que se apoderó de su ánimo, sobre todo cuando supo que el viajero alemán, lejos de marcharse solo de Quito, había invitado para que lo acompañase a un distinguido joven de la sociedad quiteña, Carlos Montúfar, que tan honrosa parte habría de tener más tarde en la historia de la libertad hispanoamericana. El humano desencanto le hace escribir esa amarga carta de 6 de abril de 1802, dirigida a Mutis, en donde, a vuelta del paralelo entre Humboldt y Mutis, que el despecho por el uno y la gratitud por el otro le dictan, lanza este reproche dolorido: "Jamás cre  que me negase su lado y que no me permitiese acompañarlo al Perú y a México, acabando por franquear oficiosamente este favor a un joven ignorante, sin principios y disipado..." Sólo que el joven, de tal modo reputado por Caldas, era nada menos que uno de los hijos de su hu ped de la hacienda de Chillos, del Marqu  de Selva Alegre, gal n y hombre de mundo, en realidad, amigo de bailes y saraos, admirador de las bellas mujeres, de inteligencia despejada, que cultivó cuidadosamente en el colegio de nobles, de Madrid, y de valor a toda prueba, como lo demostró luego en numerosos hechos de armas, en su patria y fuera de ella, de ideas avanzadas, franco y bullicioso, es

decir dueño de una atractiva personalidad, muy en consonancia con la de Humboldt, y, por lo mismo, el polo opuesto a la del flemático, austero, severo y taciturno Caldas. ¿Podía, pues, vacilar el explorador alemán en la escogencia entre los dos posibles compañeros de viaje? Esa incompatibilidad de caracteres, entre el prusiano y el granadino, reconocida por éste, determinó la negativa del sabio a hacerse acompañar del discípulo de Mutis.

Humboldt en Quito, hombre ante todo, en plena juventud y en el ardor de sus pasiones, frecuentó, como el propio Caldas lo dice, los templos quiteños de Venus, y no tuvo reparo en mezclar, según la propia expresión de aquél, sus debilidades con las sublimes funciones de las ciencias. Claro que para esas expansiones no era Caldas el compañero adecuado, como sí lo fue Montúfar. Por lo que era natural que el humanísimo Humboldt buscara un compañero tan humano como él, para el largo viaje que proyectaba. En la hacienda de los Chillós, Humboldt y los jóvenes Montúfar hablaban no sólo de ciencias, sino también de placeres. “Cuando se hablaba de ellos, —dice Caldas— yo no podía sino mostrar en mi semblante mi disgusto y en cierto modo mi indignación...” Y añade: “No quiere (Humboldt) a un compañero silencioso que le reprenda sin hablar...” ¿Qué iba a quererlo! ¿Pero había, por ventura, derecho a exigirselo?

El ilustre científico y letrado doctor Pérez Arbeláez, en el cap. xxvi del tomo I de la monumental *Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*, al referirse a este episodio melancólico de la vida de Caldas, dice que él “establece la enorme diferencia entre la generosidad y la avaricia científica, entre Mutis que todo lo daba y Humboldt que acaparaba para ser el primero...” Y, más adelante, habla de “el desdén de Humboldt hacia Caldas”. (Pág. 86). También los coetáneos y amigos de nuestro compatriota, el sabio payanés, pensaban de esa manera y aun hacían hipótesis más aventuradas, como la de don Antonio Arboleda, en carta a Santiago Pérez de Valencia, en 5 de junio de 1802, en que le dice: “Cuando leí la carta de Caldas (referente a la negativa de Humboldt a llevarlo consigo), al instante me vino el pensamiento de que el Barón conocía los talentos de Caldas y temía le robase parte de su gloria...”. Pero no había tal, a nuestro entender. Ni la presunta avaricia científica de Humboldt, ni su pretendida tendencia acaparadora, ni el hipotético desdén del prusiano hacia nuestro compatriota, ni menos el temor de que le robase parte de su gloria, determinaron el que Humboldt escogiese a Carlos Montúfar y no a Caldas para que lo acompañase de Quito a otras comarcas de las dos Américas, y más tarde a Europa. El propio Caldas, en sus cartas a Mutis y a sus amigos de Popayán y de Santa Fe, se encargó de descubrir la verdadera razón de esa conducta. Humboldt y Caldas, unidos por la común aspiración científica, eran dos caracteres diferentes, diametralmente opuestos, por su conducta ante la vida. Y nadie busca a su antípoda para compartir los goces o los infortunios de la existencia ni las peripecias de un largo viaje.

Don Eduardo Posada, en el Prólogo a las *Cartas de Caldas*, se guarda muy bien de censurar a Humboldt por la negativa, que no desaire, a hacerse acompañar de nuestro sabio compatriota en sus futuras exploraciones. “Para un largo viaje, —dice el historiador colombiano— para una comunidad estrecha, no eran vidas paralelas, y el prusiano, hombre de mundo, además de hombre de ciencia, vio que no amoldarían bien los dos caracteres, y que si los unían los vínculos de la ciencia, faltaban otros lazos de confraternidad para ser buenos camaradas. La estimación es cosa distinta de la simpatía”.

El protector de Caldas, patrocinador de su frustrado viaje con los europeos, Mutis, no se sintió agraviado, ni siquiera mortificado por la negativa de Humboldt a complacerlo en este particular. Todo lo contrario. Comprendió que quizá su exigencia había sido una indiscreción, y se apresuró a excusarse ante el naturalista alemán, en carta de 21 de mayo de 1802, que recogió Gredilla en su *Biografía de Mutis*, (Madrid, 1911), y que Guillermo Hernández de Alba incorporó en el tomo I del *Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis* (Bogotá, 1947).

Humboldt no dejó de estimular el trabajo científico de Caldas y de reconocer sus méritos. Al conocer, en Popayán, algunos estudios de nuestro compatriota, hizo de éste un espléndido elogio, en francés, que el propio Caldas copió de las libretas del viajero alemán. En Quito, y en ausencia de Caldas, sostuvo que las observaciones astronómicas de éste eran mejor ejecutadas que las de Jorge Juan. A Santiago Arroyo dícele Caldas en 21 de enero de 1802: “¡Cuánto he aprendido en 18 días de un trato interrumpido con mil visitas importunas! En astronomía ya no me conozco; un velo espeso de dificultad se ha disipado delante de mis ojos, y como yo tenía muchos objetos trabajados y cuasi concluídos, sólo faltaba una mano maestra que les diese la última perfección. Con un poco más de tiempo y de trato con el Barón puedo gloriarme de haber entrado en los más profundos misterios de esta ciencia preciosa... Me ha ofrecido sus libros, sus instrumentos y el famoso cronómetro ha estado a mi disposición...” ¿Dónde, pues, el pretendido egoísmo, la avaricia científica, el desdén del viajero tudesco para el sabio Caldas? Bonpland se portó con Caldas, según el propio testimonio de éste, con no menor generosidad.

Tiempos después del incidente de la negativa comentada, Humboldt continúa haciendo a Caldas objeto de sus deferencias, y éste termina por reconocerlas, y aún por gloriarse de ellas, en medio de su no extinguido resentimiento. El 21 de abril de 1803, el payanés cuéntale a Mutis: “El señor Barón de Humboldt me ha escrito misivas llenas de expresiones de cariño, y me manda a presentar un cajón de libros de historia natural y de matemáticas, entre ellos muchos alemanes. Yo no entiendo esta lengua, y he pensado remitírselos a usted, en compañía de las plantas...” ¿Qué culpa tenía Humboldt de que Caldas ignorase el alemán, que entonces era, como hoy es, la lengua casi exclusiva de la ciencia? ¿No debió de haber in-

terpretado este rasgo del generoso donante como una discreta invitación al joven granadino para que aprendiese a traducir un idioma que le abriría horizontes insospechados de universal cultura? ¿Hay en esto egoísmo, desdén, avaricia científica, o todo lo contrario?

Como quiera que sea, el buen recuerdo de Humboldt acompañó a Caldas —ya serenado su ánimo— durante el resto de su vida. Y hasta las vísperas de su inmerecido martirio, ya en capilla, proclamó su amistad con el sabio alemán como una de las más gloriosas preesas de su existencia. Dos días antes de su sacrificio, en carta a Enrile, el de ingrata memoria, pidiéndole la merced de unos días más de vida, para ordenar sus trabajos científicos, invocaba como título glorioso sus relaciones con el naturalista germánico, así: “Comencé a persuadirme que había acertado en esta carrera espinosa cuando vi el aprecio que hicieron de mis trabajos el señor don José Celestino Mutis y el Barón de Humboldt, y comenzaron a dispensarme su protección y favores...”

Pero los pacificadores decían no necesitar entonces España de sabios. Y la ignorante ferocidad de ellos, para usar la frase feliz de Menéndez y Pelayo, sacrificó al infortunado sabio payanés. ¡Ironías del destino! El mes anterior había perecido también, fusilado por el plomo pacificador, en el patíbulo de Popayán, otro amigo y protegido de Humboldt, el que suplantó a Caldas en el viaje final del gran tudesco, el gallardo Carlos Montúfar. Su maestro, su ídolo, su amigo común, los sobrevivió 43 años. La historia se ha encargado de unir y entrelazar para siempre su glorioso recuerdo.

## UN LIBRO DE HUMBOLDT

### “Vistas de la Naturaleza”

Al celebrarse el centenario de la muerte de Alejandro de Humboldt, hacemos conocer de los lectores el prefacio del autor a la primera edición de su libro *VISTAS DE LA NATURALEZA: o contemplaciones del sublime fenómeno de la creación con ilustraciones científicas*, editado en Londres en 1850 por Henry G. Bohn, York Street, Covent Garden. Fue traducido del alemán al inglés por E. C. Otte y Henry G. Bohn.

El prefacio fue traducido del inglés al español por Jorge Suárez Perdomo, Colegial de Número y alumno de la Facultad de Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

#### PREFACIO DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICION

Con cierta timidez presento al público una serie de papeles escritos en presencia de los más nobles objetos de la naturaleza —en el océano, en las selvas del Orinoco y en las soledades de las montañas peruanas y mexicanas—. Son varios fragmentos separados, escritos en borrador, y en cierta forma independientes el uno del otro. Mostrar una perspectiva de la naturaleza —pruebas de la cooperación de fuerzas—, y una renovación del placer que el inmediato aspecto de un país tropical produce en un espectador susceptible, son los propósitos que me animan.

Cada ensayo fue hecho para ser completo en sí mismo; y esa misma tendencia aparece en el todo. Esta forma estética de tratar las materias de la Historia Natural presenta grandes dificultades en su ejecución, no obstante el maravilloso vigor y flexibilidad de mi lengua nativa.

La maravillosa exuberancia de la naturaleza presenta una acumulación de imágenes separadas y la acumulación perturba la armonía y el efecto de un paisaje. Cuando los sentimientos y la imagina-

